



CARLOS GUASTAVINO

No le toques ya más, que así es la rosa.

– Juan Ramón Jiménez –

Guastavino me hace pensar en un árbol. Inamovible. Con sus raíces bien profundas en la tierra. Un árbol argentino. Un árbol que resistió estoico los embates del tiempo. Del mal tiempo. O al menos de un tiempo turbulento y feroz en que se experimentó con la música hasta el cansancio. Hasta casi desalmarla.

El siglo xx ha sido el período en toda la historia de la música donde más tendencias y corrientes estéticas han habido. Ideas tan sólidas, tan bien fundamentadas que fue imposible ignorarlas y hasta inevitable seguirlas. Al pie de la letra por unos, readaptadas por otros. El potente intelecto de esos compositores que abrieron las puertas a nuevos universos sonoros hizo, a la larga, tanto bien como 'mal'.

Se hizo música impresionista, música neo-clásica. Se liberó la música de la tonalidad y se complejizaron los ritmos. Se hizo música basada en los antiguos modos griegos, asiáticos y hasta en los africanos. Se crearon sonidos nuevos, y se combinaron de maneras nuevas.

Se inventaron nuevas notaciones musicales y nuevas técnicas para organizar el discurso musical. Hubo dodecafonismo, serialismo, puntillismo, politonalismo, aleatorismo. Música electroacústica. Música basada en el canto de las aves. Cantos en lenguas inventadas, cantos entre hablados y cantados. Música del azar, música basadas en cálculos matemáticos, basada en la micropolifonía. Futurismo. Música microtonal compuestas en cuartos de tonos, en dieciseisavos de tonos. Música para metrónomos.

Se inventaron nuevos instrumentos musicales. Minimalismo. Hubo hasta música silente. Se buscó y se buscó. La música sonó entonces más disonante, más compleja, más densa, más árida y se convirtió, en la mayoría de los casos, en ejercicios intelectuales. Contundentes e impresionantes ejercicios intelectuales, pero se pueden contar con los dedos de una mano las obras vivas, las obras con alma, las obras de arte.

La necesidad extrema de liberación y de reforma terminó por transformar la verdad (parafraseando a María Zambrano). Terminó por robustecer el intelecto en detrimento de las emociones. Y cuando se rompe ese equilibrio sufre el arte, sufre la Belleza que es la que respeta el tiempo. La música es en esencia un arte emocional, si el discurso se hace excesivamente abstracto

anula su propósito. “...O que cayera/ mi corazón, al agua /y de este modo/ fuese el mundo un castillo hueco y frío...” como escribiera el poeta Juan Ramón Jiménez.

Carlos Guastavino, se mantuvo sin embargo haciendo desde su rincón una música tradicional, emocionalmente romántica y muy apegada al sentir argentino. Esos vendavales llegaron hasta su puerta y llegaron con furia, pero Guastavino se parapetó con las simples cosas y las simples cosas nada más. Cerró puertas y ventanas y se rodeó de flores y recuerdos: escribió canciones. Le cantó a la Pampa y a la rama de un sauce. Al gorrión, al alba, a las nubes y a sus flores; recreó en cientos de obras la Milonga, la Cueca, el Gato, la Zamba, el Malambo, la Vidalita para diferentes formatos musicales. Erigió casi toda su obra sobre los géneros populares argentinos, y la animó con su simplicidad y pureza.

“El que más sabe es el tiempo”, dice un refrán de viejos negros de Cuba. Hoy, muy pocas obras de esos compositores que tronaron en el siglo XX se escuchan en conciertos. Muchas de ellas, ya hoy, no tienen más que valor histórico; música museable, arqueología musical para futuros estudiosos. Guastavino aún late.

Me gusta imaginar un diálogo entre esos dos poetas, esas dos almas sensibles que adoraban la inmediatez, que sentían la eternidad en todo lo simple que la Creación ofrece. Esos dos poetas que veían la realidad como símbolo y no como fin; que encontraban belleza en todo y todo lo poetizaban. Esos dos hombres que sentían a Dios en todas partes.

Sentados en el prado, bajo un sauce; rodeados de “floreillas rosas, celestes y gualdas” acompañados por un burrito pequeño y suave, como de algodón:

- Juan Ramón, el mundo va muy de prisa.
- Y a ciegas, querido Carlos, también a ciegas.